

El Siervo de Dios

HERMANO MARCELO VAN

BOLETÍN Nº 11 OCTUBRE DE 1997	1
INDICE	1
PRESENTACIÓN	1
HISTORIA DE LA CAUSA	3
Después del 26 de marzo de 1997...	3
Primera comunión	4
Confirmación	5
RECEMOS CON EL	6
HERMANO MARCELO	6
Retiro del 27 de Septiembre de 1950	6
MEDITEMOS CON EL	7
Acerca de los niños muertos sin haber sido bautizados	7
TESTIMONIOS	9
De un padre C. Ss. R., unas palabras acerca del	11

Boletín Nº 11 Octubre de 1997

INDICE

PRESENTACIÓN

En este boletín sobre los sacramentos de la iniciación y especialmente el bautismo, les proponemos a modo de presentación, un trozo de la enseñanza que dio el Santo Padre a los jóvenes de todo el mundo el sábado 23 de Agosto, en Longchamp (París)

Fueron llamados, escogidos por Cristo para vivir en la libertad de los hijos de Dios, están también confirmados y habita en ustedes el Espíritu Santo, que anunciará el Evangelio por toda su vida. Al recibir el santo crisma, se comprometen con todas las fuerzas a hacer crecer con paciencia el don recibido, recibiendo los sacramentos, particularmente la Eucaristía y la penitencia que mantienen en nosotros la vida bautismal. Bautizados, dan testimonio a Cristo por su preocupación por una vida recta y fiel al Señor, que cabe mantener por la lucha espiritual y moral. La fe y el actuar moral están vinculados. En efecto, el don recibido nos lleva a una conversión permanente, para imitar a Cristo y corresponder con la promesa divina. Transforma la palabra de Dios la existencia de los que la acogen, pues es la regla de la fe y la acción. En su existencia, para respetar los valores esenciales, los cristianos experimentan también el sufrimiento que pueden exigir las elecciones morales, opuestas al comportamiento del mundo, y por lo tanto muchas veces heroicas. Pero a este costo está la vida bienaventurada con el Señor. Queridos jóvenes, a este costo está su testimonio. Cuento con su valor y su fidelidad.

Entre sus hermanos es como tienen que vivir la cristiandad. Por el bautismo, nos da Dios una madre, la Iglesia con la que vamos creciendo espiritualmente, para ayudar por la vía de la santidad. Este sacramento los hace formar parte de un pueblo, los hace partícipes de la vida eclesial y les da hermanos y hermanas que amar, para “ser uno en Cristo” (Ga 3,28)

Sin embargo, el bautismo y la confirmación no nos alejan del mundo, pues compartimos las alegrías y las esperanzas de los hombres de hoy, y traemos nuestra contribución a la comunidad humana, en la vida social y en todos los campos técnicos y científicos. Gracias a Cristo, estamos próximos a todos nuestros hermanos y se nos llama a manifestar el gozo profundo que da el vivir con Él. Nos llama el Señor a que cumplamos nuestra misión allí donde estamos, pues “el puesto a que nos destinó Dios es tan hermoso que no se nos permite abandonarlo” (V. Carta de Diognetes VI, 10)...

Queridos jóvenes, por la unión bautismal, se han vuelto miembros del pueblo santo. Por la unción de la confirmación, participan plenamente de la misión eclesial. Confía en ustedes y cuenta con ustedes la Iglesia de la que forman parte. Que su vida cristiana sea un “acostumbrarse” progresivo a la vida con Dios, según la bella expresión de san Ireneo, para que sean misioneros del Evangelio.

HISTORIA DE LA CAUSA DEL HERMANO MARCELO VAN

Después del 26 de marzo de 1997...

Desde el 19 hasta el 24 de agosto de 1997, tuvieron lugar las XII jornadas mundiales de la Juventud, la cita dada en París por el Santo Padre a todos los jóvenes del mundo.

Aún tenemos grabados en el alma los recuerdos deslumbrantes de este nuevo Pentecostés, en el que millares de jóvenes, alegres y llenos de amor, recibieron del Santo Padre y de los obispos presentes al lado suyo la enseñanza imprescindible para ayudar al pueblo de Dios a entrar en el tercer milenio, el del Redentor.

Claro, no estábamos todos en el Champ de Mars ni en el Hipódromo de Longchamp...

Claro, no podíamos todos presenciar esos acontecimientos excepcionales por la radio o por la tele durante unos momentos maravillosos, instrumentos de información y enseñanza...

Claro, no hemos terminado de releer y dar repaso a los informes escritos o filmados de esas jornadas para meditar los textos de las numerosas homilias del Santo Padre y aprovechar sus riquezas doctrinales y humanas.

Desgraciadamente no era muy numerosa la delegación de Vietnam en París. Pero se nos calentó el alma el hecho que el Santo Padre se dirigiera por la radio o la tele usando el idioma de Van, para comunicarles su mensaje de confianza, fe y amor.

Al anunciar al mundo que santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz sería proclamada Doctora de la Iglesia el domingo de misiones, 19 de octubre de 1997, en la basílica de San Pedro de Roma, evocaba el Santo Padre la espiritualidad de aquella quien no sólo fue la hermana mayor de Van, sino también su educadora.

“...Esta joven carmelita fue arrebatada toda por el amor de Dios. Vivió radicalmente la entrega de sí misma como respuesta al amor de Dios...”

Teresa sufrió el dolor en su cuerpo y la prueba en su fe. Pero permaneció fiel porque, en su gran inteligencia espiritual, sabía que Dios es justo y misericordioso; intuía que el amor se recibe de Dios más que de los hombres...

La enseñanza de Teresa, verdadera ciencia del amor, es la expresión luminosa de su conocimiento del misterio de Cristo y de su experiencia personal de la gracia. Ayuda a los hombres y las mujeres de hoy y ayudará a los de mañana, a acoger mejor los dones de Dios, y a difundir la Buena Nueva de su amor infinito...

Tomé a pecho anunciar con solemnidad este acto aquí, pues el mensaje de santa Teresita, santa joven tan presente en nuestra época, les compete particularmente a ustedes, los jóvenes; siguiendo la enseñanza del

Evangelio, les abre el camino de la madurez cristiana; les llama a una generosidad infinita; les invita a que permanezcan en el corazón de la Iglesia los discípulos y los testigos ardorosos de la caridad de Cristo.

Invoquemos a santa Teresita, para que lleve a los hombres y las mujeres de esta época por el camino de la Verdad y la Vida”

Durante su primera visita a la Iglesia de Francia, en 1980, tres veces nos había hecho el Santo Padre la temible pregunta:

“Francia, hija mayor de la Iglesia, ¿qué has hecho con las promesas de tu bautismo?”

Con motivo de su sexto viaje pastoral por nuestro país, explica el Santo Padre a todos los jóvenes del mundo que “misterio y esperanza del mundo venidero, el bautismo es el más hermoso de los dones de Dios, invitándonos a que nos hagamos discípulos del Señor. Nos hace entrar en la intimidad de Dios, en la vida trinitaria, desde hoy hasta la eternidad.

Es una gracia dada al pecador, que nos purifica del pecado y nos abre un porvenir nuevo. Es un baño que lava y regenera. Es una unción, que nos conforma con Cristo Sacerdote, Profeta y Rey. Es una iluminación, que alumbra nuestro camino y le da todo su sentido. Es un vestido de fuerza y perfección”

Rogando al Señor que guarde firmes en su fe a los diez jóvenes venidos de los cinco continentes que bautizó y confirmó el Santo Padre durante la velada del sábado por la noche, en Longchamp, y asociando a ella los setecientos cincuenta mil jóvenes, testigos en el fervor, de las maravillas de Dios en el corazón de todos sus hijos, escogimos, entre los escritos de Van, los principales textos referentes al bautismo, a la confirmación y a la primera comunión.

En sus escritos, Van evoca el momento de su primera comunión y de su confirmación, en 1935:

Primera comunión

Todavía el cura no me había anunciado que me admitiría para la primera comunión. Simplemente me dijo que era listo y me permitió confesarme una primera vez con los otros niños. En la víspera [83] del día previsto para las primeras comuniones, me acerqué por primera vez al confesionario para confesar mis pecados. También era la primera vez que sentía palpar tanto mi corazón, a tal punto que no podía hablar. Además, era tan pequeño que incluso quedándome de pie y con la cabeza levantada, no alcanzaba la rejilla del confesionario. Sin sospechar que era yo, el párroco, irritado, pensó que se trataba de algún niño revoltoso que había entrado para molestar a los demás. Me despidió con severidad y salió inmediatamente del confesionario para mirar. Al verme, lo comprendió todo y me envió a buscar un reclinatorio para que pusiese encima el pie. Sólo entonces me atreví a confesar todos mis pecados, tímidamente pero con un corazón sincero. Lo confesé todo, incluso haber arañado a la criada cuando era pequeñito. Tras haberme escuchado, el párroco me dio una penitencia y me dijo: « Entre las faltas que acabas de confesar, no hay ninguna que haya apenado a Dios. Sin embargo, para que le agrades siempre, debes esforzarte por guardar tu alma enteramente pura ». Me animó a amar a la Virgen con todo mi corazón, y luego, al darme la absolución, añadió: « Te doy permiso para comulgar mañana...».

Aquella noche me eché en la cama pero sin poder dormir. Mi corazón palpitaba de emoción, no cesaba de pensar en la mañana, durante la cual habría de acercarme a la Santa Mesa para unirme a Jesús. De vez en cuando me levantaba para preguntar a mi madre: « Mamá, ¿ya es mañana? »; ¡Oh! Que larga me pareció aquella noche. Sólo suspiraba por el canto del gallo anunciando la llegada del día.

Por fin llegó el día y la hora, esa hora que daría la fuente embriagante del Amor. En aquel momento, recordaba los días de inquietud, durante los cuales caminaba en una senda tenebrosa, atormentado por el temor

de acudir a las lecciones de catequismo y comparecer delante de un personaje imponente; recordaba también [87] la incertidumbre de la admisión para la primera comunión. Ahí me daba cuenta que la situación había cambiado. Ya no sentía ningún temor, y las pruebas sufridas intensificaban mi alegría, pues para mí formaban un maravilloso regalo que quería ofrecerle a Jesús durante la Misa de ese día.

Ha tocado la hora; el minuto tan deseado ha llegado. Me acerco hacia la Mesa Santa con el alma desbordante de alegría. No dejo de recordarle sin cesar a Jesús que venga a mí, bajo la forma de un niño pequeño. Llevo en mi mano, bien apretado, el cirio encendido, símbolo del fuego del amor que abraza mi corazón. De vez en cuando echo una mirada de reojo hacia la derecha, para calcular cuántos comulgantes faltan aún antes que yo. Por fin Jesús llega. Saco suavemente la lengua para recibir el pan del Amor. Mi corazón se siente invadido por un gozo extraordinario. No sé qué decir. Ni siquiera puedo dejar caer una sola lágrima para expresar toda la felicidad que desborda mi alma. De hecho, en aquel momento, mi alma está sumergida en las delicias del Amor. No hablaba simplemente porque no encontraba palabras para expresarme. [88] Más bien, mi alma estaba extasiada en presencia de la inmensidad de Dios, frente a quien no soy más que la nada indigna. Y si me doy cuenta que existe, mi ser no es otra cosa sino Jesús mismo viviendo en mí. ¡Ah! Ocurre que, por un instante, me he transformado en una gota de agua perdida en la inmensidad del océano. Ahora no queda más que Jesús. Es decir que estoy siendo Jesús, y que Él es sólo uno conmigo.

Al recibir a Jesús se colmaron todos mis deseos. Sin embargo pienso que si hubiera podido expresar libremente mis intenciones, habría sido aún más feliz. Pero con los otros niños, nos obligaron a rezar oraciones de acción de gracias ya hechas. De ahí que la alegría del diálogo de corazón a corazón fue interrumpido, y que Jesús presente en nuestras almas no ha oído más que oraciones desconectadas de los sentimientos íntimos de cada uno.

Por eso, siempre sentía una laguna en mi manera de amar. Aunque me daba cuenta, no me atrevía a admitirlo de tal forma que más tarde, Dios tendrá que mandarme una santa para que viviera de nuevo en mí esa concepción de la oración abandonada desde mi niñez. Aquella santa era Teresita. De ella tendré la oportunidad de hablar más tarde.

Jesús presente en mi alma tuvo que resignarse a guardar silencio como yo. Miraba mi alma sin decir una palabra, sin hacer ningún murmuro. Lo único que nos era posible era comprendernos mutuamente como dos amigos todavía en un una cuna, intercambiando miradas silenciosas. Así nos entendíamos muy bien y nos amábamos muy íntimamente.

En aquel día, pedí dos gracias a Jesús: [91]

- 1- Guardarme puro de todo pecado, a fin de amarlo con todo mi corazón.
- 2- Otorgar una fe sólida y perfecta a todos los hombres.

Confirmación

Poco tiempo después de mi primera comunión, tuve el gozo de recibir al Espíritu Santo. Mi hermana Tê se confirmó al mismo tiempo que yo.

La gracia de Dios no solamente [100] fortaleció a mi hermanita, sino que transformó su carácter y la hizo aún mas tranquila. A partir de aquel día perdió totalmente la costumbre de poner mala cara.

En cuanto a mí, la gracia que Dios me había preparado no tenía otro objetivo sino el de enrolarme en la armada de los soldados valiosos. De ahí que antes de lanzarme a los combates de la vida, en su sabiduría, Dios puso a mi disposición todos los medios eficaces que me ayudarían a llevar la victoria. Poco después de haberme

dado su cuerpo y su sangre como alimento cotidiano, me dio también una garantía sólida que no es otra cosa sino la fuerza del Espíritu Santo.

La fiesta de hoy no difiere en absoluta a una ceremonia de entrega de armas. Mi corazón desbordaba de gozo cuando me presenté ante el obispo para recibir el signo de la cruz en mi frente y ser admitido oficialmente en el ejército de los valerosos soldados de Cristo. El signo de la cruz es el estandarte de la victoria del Salvador, es la fuerza y la espada del Espíritu Santo. Este signo, impreso en mi alma, nunca podrá ser borrado de ella [101]. ¡Oh! ¡Que honor! Hoy mismo he sido armado oficialmente, como un caballero, de la espada del Espíritu Santo, y llamado soldado de Cristo.

RECEMOS CON EL
HERMANO MARCELO

Del “Diario íntimo”. Proponemos esta hermosa oración del hermano Marcelo redactada desde la Comunidad de C. Ss. R. de Saigón, en un momento en el que vive situaciones muy adversas.

Retiro del 27 de Septiembre de 1950

F-29-c

“Jesús, permite que acuda junto a ti, a la sombra de la Cruz y que incline la cabeza en tus llagas sangrientas.

Jesús, hermano mío, te amo. Mi amor me infunde piedad por ti, y me provoca el deseo de sufrir contigo.

Hasta hoy, me parece que mi amor por ti no ha sido bastante perfecto. Por consiguiente, hoy, con toda la fuerza que reside en el amor, te pido con insistencia «que me claves en la cruz del sufrimiento».

Quiero vivir, pero vivir en el sufrimiento.

Quiero morir, pero morir como tú, en la Cruz.

Desde hoy en adelante, es decir, durante todo el tiempo que me queda por vivir, quiero vivir con el propósito de padecer por todos los pecados: mis propios pecados y los pecados del mundo.

El pecado más difundido por el mundo consiste en el abuso del Amor de Dios. Por consiguiente, permite que te ofrezca mi pobre cuerpo, para que sea destruido por el fuego del Amor.

No te olvides de mí, Jesús, recuerda que soy un pecador que merece ser ajusticiado en el océano del fuego infinito del Amor.

Sujétame a la Cruz.

Sujétame en la cruz del sufrimiento.

En adelante, tendré el título de Pecador de corazón amante y Víctima de los pecados en contra del Amor.

¡Jesús! Ojalá se vuelvan estos títulos realidad, por amor a las almas,

Un pecador amante
J. M. T. Marcelo, C. Ss. R”

**MEDITEMOS CON EL
HERMANO MARCELO**

Cuando escribe el texto siguiente, en los Coloquios, está el Hermano Marcelo en el noviciado de los C. Ss. R. en Hanoi. Tiene dieciocho años.

Sus preocupaciones de entonces son muy parecidas a las de Teresita, su hermana mayor espiritual. Vienen a ser, a estos finales del siglo XX, de una actualidad candente. A ellas contestó el Santo Padre en su encíclica “*Evangelium Vitae*” en el § 99 y el catecismo de la Iglesia Católica evoca en el § 1261 a los niños muertos sin bautismo.

24 de julio de 1964

Acerca de los niños muertos sin haber sido bautizados

E-210-c (y siguientes)

Hace unos días, al mirar el pequeño calendario alfonsino fijado en el locutorio, leí una cita de san Alfonso, afirmando que los niños muertos sin bautismo no tienen que padecer ningún suplicio... A este propósito recuerdo que una vez, posiblemente durante la oración, cavilando acerca de los niños que mueren antes de recibir el bautismo, me preguntaba si, en lo sucesivo, podrían salvarse. Me preguntaba también: si no pueden salvarse, ¿deberán ser privados de la visión de su verdadero Padre durante toda la eternidad? En mi mente, no dejaba de hacerme esas preguntas, y estaba muy triste.

Así pensaba: Ser el apóstol particular de los niños y no poder hacer nada en la actualidad para salvar esas almas; esto sí es penoso para mí, tanto más cuanto que, en este mismo momento, muere un número bastante importante de niños sin recibir el bautismo. ¿Dónde encontrar la cantidad suficiente de sacerdotes para ir a bautizar a tiempo a esos niños que están a punto de morir?

Levanté entonces la mirada hacia Jesús en el Sagrario, y esa mirada le impulsó a que me contestara claramente, lo que fue para mí un gran consuelo.

Entonces, el niño Jesús me hizo esta pregunta:

“Hermanito, ¿te entristeces? ¿Pero por qué esa tristeza? Si quiere nuestro verdadero Padre del Cielo, en su bondad, que la voz de esos nenitos se una a la voz de los ángeles para alabarle en el paraíso, ¿qué dificultad hay en ello?

Recuerda bien esto: por naturaleza, no teniendo aún la inteligencia los nenitos, tampoco tienen voluntad. Sirve la inteligencia para comprender si una cosa es buena o mala, y la voluntad para actuar conforme a lo que comprende la inteligencia. Estas dos facultades son las más necesarias. Ahora bien, estas facultades necesarias, aún no las poseen los niños. Así pues, es necesario que otra voluntad se coloque en el corazón de esos nenitos; y si esa voluntad actúa de un modo conforme al bien, es como si esos nenitos actuaran por sí mismos.

Sin embargo, para que esta voluntad produzca su efecto, es necesario que actúe conforme al bien, conforme a la misma verdad. De lo contrario, si actúa de un modo opuesto al bien, opuesto a la verdad, esta voluntad permanece ineficaz.

Ahora, lo que tienes que hacer, es colocar tu voluntad en el corazón de esos nenitos, y entonces ellos también pertenecerán inmediatamente a la Santa Iglesia. Y si mueren antes de tener el uso de la razón, igualmente irán al cielo conmigo, porque tienen tu voluntad actuando en ellos. Y ya que tienes la voluntad de creer cuanto la Iglesia revela, y también la voluntad de amarme... esos niños tienen en sí la misma voluntad que tú, de modo que su alma me pertenece totalmente, pertenece a la Santa Iglesia. Aunque no conocen nada esos niños, sin embargo actúa en ellos la voluntad de otro que conoce, de modo que, aunque no conocen, de hecho conocen.

Hermanito, ¿comprendes esto? Ofréceme tu voluntad, y yo la pondré en el alma de esos niños que viven en esta tierra... Desde hoy en adelante, tienes pues la certidumbre de que todos los nenitos ya me pertenecen.

Hermanito, esta manera de querer que acabo de revelarte es algo nuevo. Hasta ahora, los nenitos se salvaban también gracias a este proceder, sin que lo sospecharan los hombres. Vamos, Hermanito, abandona la tristeza y sé alegre, ¿verdad? Dado que eres el apóstol de los niños, era necesario que conocieras estas cosas.

Los niños salvados de este modo son bautizados en el mismo amor. Se les concede confesar la fe en el amor, y este acto de amor, lo hacen mediante tu voluntad.

Marcelo: Así, ¿no habría pues en la actualidad ningún niño en los limbos?

Jesús: No es lo que quiero decir. Después de morir, bajé a esta cárcel de los antepasados, de modo que ya ha penetrado en ellos la verdadera luz...

Marcelo: Si es así como lo dices, la gente sólo tendría que quedarse en casa y poner su voluntad en el corazón de los niños, sin tener que ir a bautizarlos. ¿Qué opinas de eso, Niño Jesús?

Jesús: Actuar así, no sería querer verdaderamente. Para que haya verdadera voluntad eficaz, es preciso, al ser el bautismo sacramental posible, conferirlo realmente a los niños. Si se contentara uno con querer y quedarse en casa, ¿cómo se podría llamar a esto voluntad?"

Sobre este problema, escribe el Padre Molinié, O. P., quien ha estudiado mucho los textos de Van.

Tres objeciones contra la tesis de Van:

- 1- La doctrina de san Agustín sobre los limbos de los niños
- 2- Jesús parece presentar esta tesis como una revelación: ahora bien, se acabó la Revelación desde la muerte del último apóstol.
- 3- La práctica del bautismo, ya muy debilitada en derecho como en la realidad, por poco recibiría un golpe fatal ante la afirmación de que todos los niños de tierna edad son santos inocentes.

Cabe añadir que la oración pedida por Jesús en nombre del poder de la Iglesia no modifica mucho la cuestión. Jesús invita a Van a que rece con la Iglesia como ésta invita a que recemos por las almas del Purgatorio, de las que sabemos que, incluso si no rezamos, son tratadas por Dios según las leyes de su Sabiduría, su Justicia, y su Misericordia. Si Jesús decidió aplicar los méritos de su pasión a todos los niños muertos sin bautismo, ello no cambia nada nuestra oración, aunque es, claro, sumamente deseable... pero para nosotros más que para esos niños.

Así mismo, en la perspectiva de Van, Jesús desea que todos esos niños se salven en respuesta a la oración de la Iglesia. Si no se hiciera esta oración, no se cumpliría la voluntad de Jesús, incluso si decidió salvar a todos los niños bañándoles con su sangre.

Dicho esto, voy contestando sucesivamente a las tres objeciones:

La doctrina de los limbos de san Agustín es muy profunda, y sale intacta de esta perspectiva consoladora si consiente uno en tener en cuenta la advertencia del mismo Jesús sobre su bajada al Sheol...

A propósito de la segunda objeción, diré que esta pretendida revelación (término impropio que usa Van en un sentido amplio) debe más bien ser asimilada a las definiciones dogmáticas enunciadas por los Concilios y los Papas a lo largo de la historia de la Iglesia. Estas definiciones hacen tomar conciencia solemnemente a la Iglesia de una verdad implícita en la Revelación desde el principio, pero de manera vacilante, incierta, discutible y a veces discutida, o incluso prácticamente inconsciente.

Aquí no habla Jesús con la autoridad de los Papas: se trata de una revelación privada mostrando una verdad contenida inconscientemente en el instinto de la Iglesia desde siempre.

En cuanto a la práctica del bautismo, hace mucho en efecto que numerosos sacerdotes niegan explícita o implícitamente que sea necesario este sacramento por una necesidad de salvación, lo que es sin embargo totalmente verdad. Quien se niega a administrarlo o lo descuida es pues responsable virtualmente de la condenación de las almas a las que no bautiza, incluso si no se verifica esta condenación, sea porque el alma alcanza la edad adulta y se salva, sea porque no la alcanza y se salva igualmente según la tesis de Van.

Primero, esta tesis no está definida, incluso si se la cree verdadero según el instinto de la Iglesia, lo que es mi caso; por débil que sea la probabilidad de que sea errónea, es un pecado mortal gravísimo descuidar, o incluso demorar la administración del bautismo a los niños... Bien entendida la tesis de Van no debe pues acarrear ningún debilitamiento de la grave obligación de administrar el bautismo sacramental.

TESTIMONIOS

Trozos de la carta de X, preso

Enero de 1996

Me has pedido que te señalara lo que me parecía importante en la vida de Van. Entonces, en unos cuantos renglones, voy a intentar decírtelo.

Desde la niñez ya, parece muy claro que tuvo en gran amor por Jesús y María. Es una disposición del corazón nada despreciable para la continuación de su vida íntima con ellos. Durante toda su niñez, me parece importante subrayar este apego “feroz” a la Eucaristía y al rosario, sobre todo en los momentos de tinieblas (p. 19 y 33 de “Van, hermanito de Teresa”).

Sería importante señalar los dos ejes que motivaron su vida desde la niñez, pues en ellos se origina todo: las dos gracias pedidas a Jesús: pureza y una fe sólida y perfecta. E irá hasta el fin contra el viento y la marea, durante sus estudios. Su preocupación por la integridad permanecerá siempre igual, incluso en los momentos más desconcertantes de su vida.

Para mí, que enfrento un medio tan difícil, es un testimonio de perseverancia cotidiana frente a las ideas modernas que dominan el sentir de la sociedad. Esta integridad que no quiere para sí, cabe decirlo, incluso se opone a la mentalidad de sus propios padres, que se han metido en la cabeza tópicos traídos y llevados.

Incluso existe este aspecto común a cuantos quisieron olvidarse por Dios. Teresa de Ávila fue quien habló primera de esto, según pienso, por lo menos tan claramente. El alma que anhela la santidad alcanza a veces tal grado de angustia, aflicción, que se siente condenada. Es el caso de Van, al considerarse como un ser abyecto, destinado al infierno. Además, siempre, esta dependencia total a la Eucaristía, por la que encuentra de nuevo la paz e incluso esta felicidad de sufrir por Dios, para Navidad de 1940. Ya no se negará, después de esta comunión decisiva, a volver a esos lugares que le parecían poco idóneos para desarrollar sus inspiraciones.

Va a abandonarse a la voluntad de Dios, incluso sabiendo lo que eso le costaría. Para mí es un ejemplo concreto de confianza, para mí quien hago tantas preguntas acerca de mi porvenir y el de mi hogar. Va a dejarse modelar como una vasija de barro según la voluntad de Dios para sus siervos. Como María, el niño Jesús y también los santos más clásicos.

Lo que señalará el final de su vida y quizá sea una de las causas de que se le dé de ejemplo, es esta entrega cada vez más radical a la plenitud del Amor. Ya ni siquiera querrá pensar por sí mismo para actuar. Irá hasta el agotamiento total de su cuerpo, siendo así la imagen sublime del apóstol que se abraza con su Redentor después de dejarse humillar, insultar, ridiculizar, despojar de todo. He aquí lo que recuerdo y me impresiona ante todo: llamado, se ha dejado llevar, después de muchas reticencias, al abismo de un amor que le ha pedido todo y al que acabó por no negarle nada.

Es un parecer bastante sucinto pero espero que sepas sacar las dos ideas que deduzco. Más que ideas, el sentimiento profundo de que es “un ejemplo para nuestros sacerdotes de hoy y un intercesor potente para la Iglesia damnificada”

Me dirás lo que opinas de esto y si debo ser algo más claro. Sólo tengo el libro que me dejaste...

Desde BANGKOK, el 4 de febrero de 1995, esta carta dirigida a “los amigos de Van” y destinada al Hermano MARCELO. Seguro habrá contestado:

¡Querido Hermano!

En este primer día del año, le deseo, querido hermano Van, una salud muy buena, por la gracia de Dios.

Leí su libro, “El Amor no puede morir”. Entre mis familiares, oí decir que se reciben muchas gracias por su intercesión. Mucho admiro su valor en la vida, su ejemplo es impulsor.

Venerable hermano, la vida de mi madre se ha parecido a la suya. Ella también vivió la desdicha, la humillación. Yo misma y mis hijos pequeños encontramos una serie de malos tratamientos. Por eso, al leer su libro, derramé lágrimas pensando en mi madre.

Ahora le escribo esta carta para pedirle ayuda, para mí y mis dos hijos. Siempre recordaré su bondad. Mi madre, en este centro de refugiados, no tiene amigos y carece de todo. En estas circunstancias leí su libro, que me gusta mucho.

En la actualidad, mis dos hijos pequeños están enfermos. Uno tiene asma y el otro una enfermedad del corazón. No tenemos dinero para comprarles medicinas. ¡Estoy tan triste! Tenga piedad y la bondad de socorrernos. Es usted el salvador del género humano.

Permítame que finalice aquí, deseándole como a sus hermanos el cumplimiento de sus mayores
anhelos.

Firmado: yo y mis dos hijos.

De un padre C. Ss. R., unas palabras acerca del
hermano MARCELO

29 de enero de 1996,

Viví dos años y medio con nuestro querido Hermano Marcelo Van. Noté en él una regularidad perfecta, un rostro sereno e inocente. Su andar era más bien ligero y su aspecto poco expansivo, y pienso que tenía pocos amigos, pero sí era muy servicial. En cuanto a su vida profunda, no la dejaba ver a los demás fácilmente.

He aquí lo que de él recuerdo.

Señas para los testimonios útiles a la Causa del HERMANO MARCELO:

Los amigos de Van
35 rue Alain Chartier
75915 PARÍS

tel: 33-(0)1-48-56-22-88
Fax: 33-(0)1-45-30-14-57

Si le interesan los estudios teológicos del Padre Molinié, O. P., sobre los escritos de Van, puede conseguirlos en la sede de la asociación.